

HUIDA

NOVELA DE MARIA
CAROLINA GEEL

por Hernán DEL SOLAR



MUY PERSONALES, diferentes entre sí, hay tres novelistas chilenas que poseen cierto aire de familia, secretamente asociador, que las reúne en un grupo aparte, frente a todas las demás. Nos referimos a María Luisa Bombal, Margarita Aguirre y María Carolina Geel. Las tres encuentran en el mundo circundante, en extraños recodos de la vida a que se asoman con sensibilidad predestinada a raros hallazgos, unos personajes señalados por el destino literario de la novela para vivir en las páginas de alguna de esas tres novelistas. Son hombres y mujeres que, elegidos por otro escritor, se van con él, aparentemente sumisos, con esa sumisión a menudo engañosa de los personajes, y sin que el autor lo advierta se despojan por el camino de todos los rasgos interiores que los capacita para mostrarse —vivos y auténticos— en un mundo imaginario. Sin esa facultad anfibia de subsistir, con igual entereza, en la atmósfera de la realidad y en la azarosa de la imaginación, esos personajes están condenados a ser muñecos, a morir de esa muerte irremediable que llevan en sus entrañas de aserrín.

La autora de "Huida" llega con sus personajes intactos a la novela que escribe. Entran con ella en la obra y nada temen. Son fuertes para soportar las sorpresas de todas las realidades posibles que constituyen el mundo de cada día; son ágiles para sobrellevar lo inesperado que brota, a cada instante, en el mundo que forja la imaginación en el espacio que le es propio.

María Carolina Geel entreteje lo real y lo imaginario con tan súbita destreza que no se ve el enlace, queda limpia la trama, y el conjunto de los hilos expone una superrealidad, donde los seres y las cosas nos son familiares. Sentimos los lectores que nada puede sernos ajeno en la novela. Sabemos que nada nos aparta de la vida de que salimos antes de internarnos en la del libro; la advertimos en él, sutilmente prolongada, permanente, y las diferencias que nos acompañan en nuestra incursión no vienen a sugerirnos algún cambio mágico, a inquietarnos, a convertirnos en extranjeros que tratan de entender y no entienden, más bien nos confirman la sospecha de que la vida —fuera de los libros, y dentro de algunos de ellos, seguramente los mejores— juega a no parecerse a sí misma, a asombrarnos, a hacernos testigos de sus combinaciones caprichosas, ya en las colectividades, ya en algún individuo elegido por ella para ejercitar su ingenio.

En el prólogo de "Huida", González Vera reconoce claramente esta convivencia que nos obliga María Carolina Geel con sus personajes tan poco comunes, de apariencia tan parecida a cuántos conocemos directa o indirectamente, y tan únicos, tan sólo en la fauna humana. "Se comienza a leer "Huida" —escribe González Vera—, y pasa algo. A ver qué más ocurrirá, se pregunta uno, y ocurre. ¿Y qué sigue? Y siguen otros hechos, y así sin recreo, sin un rato para complacerse ante las criaturas del Señor, en tensión, con ganas de hacerles regalos a sus personajes, o llevarlos a un concierto o a una fiesta en el campo, se llega al final, sin dejar el libro. Y no se le deja porque se está viviendo con toda esa gente, que no irá a un concierto ni a una fiesta campestre, pero nos dejará con las ganas —una vez lejos de cada uno—, de regresar para arrancarles de la soledad en que, tratando de huirla, se hallan mexorablemente amarrados.

Esta soledad de Aristides, León, Claudio, Esther, María, Antonieta, y demás personajes de "Huida" está poblada de extrañas cosas. Al revés de otras soledades que vemos en muchos libros recientes en ésta no vislumbramos el vacío. Y esto importa grandemente. En muchos cuentos y novelas de estos días encontramos personajes huecos. Viven porque nacieron, pero la vida es para ellos un acertijo que no les interesa descifrar, faltos de vitalidad física y mental, peleles que pasea la muerte por el mundo para darles en cualquier momento, aburrida de moverlos, el zarpazo que inmoviliza para siempre. En cambio, estos personajes de "Huida" están preocupados del acertijo, y, si no lo resuelven para su bien, lo cargan sobre el espíritu, lo enredan en sus piernas, y con él se van caminando en busca de posibilidades de desenredarlo para tener el paso libre como lo anhelan con poderoso y desordenado instinto.

No hay un solo hombre o mujer que no se escuche en estas páginas —que son su mundo cierto—, y, escuchándose, no tenga impulsos repentinos, vigorosos, imprevistos, animadores de su descontento. No se hunden a esperar el viento de las casualidades, que los arrebatará de entre las malezas de su ánimo. Están construyendo azares, buscando por lo inconsciente, trabando relaciones, aguzando la conciencia, cayendo y levantándose, sobrecargados de deseos y de ideas, dispuestos a ordenarlos, y vencidos por el ingenio de la vida que se propone plantearles problemas que no se solucionan. Poseen una naturaleza ávida, y es tanto lo que oscuramente apetecen que ya no saben qué preferir, ni cómo, para salvarse del abismo que se les ahonda por dentro, sin puente probable que permita cruzarlo.

Todos estos personajes están en medio de su destino mirando hacia una lejanía que los llama y no alcanzan. ¿Qué hay más allá de este punto o este instante en que se encuentran?

Claudio, por ejemplo, se acerca a una ventana, silencioso. "Y pensó que desde hacía muchos años él se acercaba a las ventanas como si esperara. Acaso del espacio y las distancias llegase lo inaudito. Sí, se acercaba a las ventanas y esperaba. ¿Y qué, pues? La fe. O el amor. ¿Y si la muerte?".

Quien espera lo inaudito es un descontento que imagina la felicidad. En esta espera viven su "huida" los personajes de María Carolina Geel. Por eso González Vera, como cualquiera de nosotros, quisiéramos engañarnos con ellos yéndonos al campo.